

Comentario

Ximena Espeche (CONICET – UBA)

Este comentario es una breve excusa para reflexionar en torno de las diferentes apuestas teórico/metodológicas en el uso de la categoría de “intelectual” presentadas en este simposio. Así, no hay hilo rojo que una los trabajos, ni genio o figura explicativa y sintética de un caso o de un universal. Más bien se trata de otra cosa: de una pregunta por el uso mismo de dicha categoría, de sus funciones explicativas, de las tramas que habilita o cierra en los problemas de investigación. Cómo escapar a la endogamia de la categoría y asumir que en realidad no es otra cosa que un marco para determinar relaciones sociales específicas, situadas, conflictivas.

El trabajo de Korn acerca del boliviano Carlos Montenegro recupera algunas preguntas que el propio Korn hizo en publicaciones anteriores, como por ejemplo en el excelente libro *Hijos del pueblo*. Allí ya nos había contado que el problema era, justamente, quedarse afincado en una definición de “intelectual”. O insistir en una perspectiva sobre “intelectual” porque ello obliteró el análisis de las funciones concretas de los intelectuales de izquierda durante el peronismo clásico.

¿Dejaban de ser “críticos” cuando se acercaron al peronismo y entonces ya parecían no cumplir funciones de intelectuales? ¿O, por el contrario, como partícipes de una fracción de clase, estaban inmersos además en la conformación de un tipo de práctica simbólica que los hizo ententes de la organización de la cultura? Para el caso de Montenegro, Korn propone seguir las guerras de posiciones, la disputa hacia la izquierda y hacia la derecha del espectro político por el sentido de nación, de América Latina y del imperialismo. Y desde un lugar muy específico: desde el Estado, luego desde la Revolución, y más luego desde la Revolución hecha Estado, con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (y de sus límites e imposibilidades estructurales). Y que además la actuación de Montenegro no tuvo un estado-nación único, por más que se lo reclame desde Bolivia. De hecho, Argentina también fue centro de sus operaciones.

Aquí hay dos cosas que me interesan particularmente: la relación entre el intelectual y la guerra (entre la Segunda Guerra y la Guerra Fría, pero en Bolivia especialmente las repercusiones de la Guerra del Chaco); y el análisis del intelectual de las condiciones de guerra en las que leerá muchísimo más de lo que hemos estado dispuestos/as a admitir. Y, en este

sentido, sería fundamental atender –tal como lo hace Korn con Montenegro– a la incidencia del intelectual como un “publicista”. Korn advierte que el lugar del intelectual en relación con el acceso de su proyecto al poder tiene que estar también en capturar el corazón de las masas en la forma de la “opinión pública”. Y ahí, entonces, me pregunto: ¿no haría falta realizar una historia intelectual de los asesores económicos y de los lobistas? ¿cuánto han sido “críticos” al mismo tiempo que “doctrinarios”? ¿Hasta qué punto no tendríamos que prestar más atención a sociabilidades mucho más cruzadas y “sucias” de lo que nos hemos acostumbrado a mirar? Quizá, revisar justamente una periodización *previa* a la época de los sesenta/setenta nos lo permita.

Quien ha trabajado sobre la categoría de intelectual, y en particular la relación “intelectuales de izquierda” en esa época es Claudia Gilman. Su libro *La pluma y el fusil* es ya un clásico de la bibliografía relativa al tema. En esta ocasión, Gilman ausculta el vínculo cercano-distante de dos de los más importantes intelectuales del Río de la Plata: David Viñas y Ángel Rama. Y ello permite pensar en torno de las tensiones propias de una región y de un *tempo* específicos como lo fue el Río de la Plata entre fines de los años 50 y los años 60: entre el golpe de 1955 y la revolución cubana. Aun así, el eje de la cuestión es Viñas y la reverberación de la lógica porteña en el semanario montevideano *Marcha* –en el que Rama dirigió la sección Literarias entre 1959 y 1968–. Este semanario, y Rama en su actuación como gestor cultural, fue un centro productor y divulgador de discusiones y posicionamientos políticos y estéticos en toda la región.

Entonces ¿cómo funciona la relación ‘centro-periferia’ en ámbitos tales como la cercanía rioplatense? Más que proponer inversiones de agenda que no discutirían la lógica de dicha jerarquización, a partir del texto de Gilman podemos abrir a otras preguntas: cómo Viñas y Rama reflexionaron, escribieron y se posicionaron sobre los conflictos por el poder, la relación con el Estado, las relaciones inter-generacionales (como modos de explicar las historias personales y colectivas) y la definición de regiones culturales específicas. Se trata de seguir de cerca las tensiones entre afinidad y estrategia, entre biografía e historia social, entre géneros literarios y apuestas políticas.

Guillermo David revisa la lectura de Gramsci que hiciera Horacio González desde los años sesenta en adelante. Como parte de un trabajo en el que adivinamos ciertas preocupaciones que perduran –una lectura situada, tal como sucede con el análisis que hizo de la metafísica de Carlos Astrada y su *Martín Fierro*– encuentra una disputa muy concreta

respecto de las interpretaciones sobre la relación entre intelectuales y Estado. Reflexiona en torno de la apuesta gramsciana acerca de la función intelectual para la organización de la cultura, que es también una disputa en torno del significado mismo de “cultura”. Recupera, además, las batallas por la interpretación de la obra de Gramsci. Esto es, entre la versión del Club de Pensamiento Socialista de la transición democrática y las lecturas de González. Entonces, se trataría tanto de revisar el trabajo de González como de auscultar y ponderar las apuestas político-ideológicas del Club de Pensamiento Socialista. David postula que González se habría tomado mucho más en serio la propuesta gramsciana que quienes serían actualmente sus más reconocidos deudores. ¿Sobre qué Estado estaban hablando los intelectuales que volvían en la transición democrática a pensar que la Democracia era un baluarte que atemperaría las dinámicas conflictivas de un mediador que nunca era ni sería ni es inocente? ¿Cuáles eran las interpretaciones que estaban tramando la disputa por el poder?

El texto de Carbone sobre el lugar de los intelectuales excede en mucho la condición de su participación en el Estado o su posición como “conciencia crítica”, y va directamente al hueso del combate por el poder. Carbone mostró en otras investigaciones dedicadas a micropolíticas concretas, como el caso de la militancia gay en Paraguay, la importancia del seguimiento cuerpo a cuerpo de determinadas prácticas culturales. En el escrito-manifiesto de Carbone, atenaza las prácticas de quienes supuestamente serían una conciencia crítica, en la ¿cómoda? situación de tener el monopolio legítimo de la palabra. Carbone propone acciones concretas: una ética del trabajo intelectual en la Argentina macrista, que no puede ser sino *contra* esa Argentina macrista. El neoliberalismo, del cual el macrismo es un exponente destacado, estaría sustentado en un antiintelectualismo insistente y protocolar cuando, a la vez, cuenta con intelectuales también solidarios. Esto es, titulares de un nicho en la división del trabajo.

Una última anotación: los trabajos presentados siguen el derrotero de hombres, en su mayoría de clase media, también blancos. Sería necesario seguir las historias y producciones de quienes no tienen un “cuerpo” consistente de textos más allá de lo episódico de publicaciones periódicas o panfletarias: ¿cómo recomponer los préstamos, cruces, luchas, victorias y derrotas de la producción intelectual de los sectores populares, de las disidencias sexuales, de las poblaciones originarias? Todo un campo de estudios por hacer, que necesariamente nos permitirá renovar y complejizar los problemas de investigación acerca de los y las “intelectuales”.